FLACSO
CHILE
Biblioteca

F62606
DT.218
e.2

DOCUMENTO DE TRABAJO
PROGRAMA FLACSO-SANTIAGO DE CHILE
NUMERO 218, Septiembre 1984.

10.810
BIBLIOTECA
FLACSO
SANTIAGO

999.-

LOS OBJETIVOS ORIENTADORES DE LOS PROCESOS DE PLANIFICACION: CONSIDERACIONES DUBITATIVAS a/.

Angel Flisfisch

a/ Versión revisada de una exposición hecha en el Encuentro Subregional del Cono Sur sobre "Los Procesos de Planificación y sus condicionantes sociopolíticos en el Cono Sur"; Sociedad Interamericana de Planificación, Santiago, mayo 1984.

Esta Serie de Documentos es editada por el Programa de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), en Santiago de Chile. Las opiniones que en los documentos se presentan, así como los análisis e interpretaciones que en ellos se contienen, son de la responsabilidad exclusiva de sus autores y no refleja necesariamente los puntos de vista de la Facultad.

R E S U M E N

El trabajo aborda el carácter problemático que tiene hoy el tema de los objetivos de los procesos de planificación. A partir de un examen de la hipótesis de Hirschman sobre inflación ideológica, se explotan las condiciones institucionales que hacen posible ese proceso, y se concluye que es necesario un replanteamiento de las relaciones entre política y planificación.

I. INTRODUCCION

Entiendo que cuando se invita a reflexionar sobre los objetivos orientadores de los procesos de planificación, el tema se define en términos de los fines generales que deberían perseguir cierto tipo de decisiones.

Concretamente, aquellas decisiones de autoridad cuyo fundamento de legitimidad es político y que intervienen en el control y la coordinación de las actividades socioeconómicas.

En otras palabras, se invita a reflexionar sobre el deber ser social, en el marco de horizontes temporales relativamente indefinidos, pero a partir de una perspectica que se define desde el momento actual.

Hoy en día, esta invitación es mucho menos un honor y mucho más un flaco favor. Antes, en tiempos ya idos, se podía encarar este problema del deber ser social con soltura de cuerpo, con un sentimiento de gran libertad y comodidad. Casi con una actitud lúdica, podría decirse.

Actualmente, la reflexión tropieza, a poco andar, con dificultades que producen la sensación de que se trata de un esfuerzo pretencioso e ilusorio, y ello fuerza rápidamente a asumir una actitud cautelosa.

El primer problema que se le plantea a la reflexión es el de la responsabilidad que le puede caber a las ciencias sociales, a la ideología y al pensamiento social en sentido lato en la catástrofe nacional contemporánea.

Corresponde a Albert O. Hirschman, en un artículo al que por desgracia no se ha prestado suficiente atención, el mérito de haber destacado la posibilidad de una responsabilidad semejante*/.

La tesis central de Hirschman es que en varios países latinoamericanos se produjo un fenómeno de inflación ideológica, que hizo una contribución importante al advenimiento, y quizás a la relativa estabilidad, de los regímenes dictatoriales de los últimos veinte años. No es fácil decidir a priori el grado de generalidad que cabe atribuir a esta proposición, pero parece particularmente válida para el caso chileno. Tal como está estructurado, el argumento de Hirschman implica una importante responsabilidad intelectual en el desencadenamiento de los procesos que culminaron en la instauración de los nuevos autoritarismos.

La segunda dificultad con que tropieza la reflexión sobre el deber ser social tiene que ver con el hecho de que la inflación ideológica no se detuvo en los últimos diez años.

Pese a las condiciones político-culturales adversas, lo que se podría llamar oferta ideológica es hoy más compleja y rica que hace diez años. Si hubiera que buscar metáforas adecuadas, se podría pensar en esas ferias que describen los historiadores donde confluyen las más diversas rutas comerciales, originadas en los cuatro puntos cardinales, generán-

---

*/ Véase Abert O. Hirschman, The Turn to Authoritarianism in Latin America and the Search for Its Economic Determinants, en The New Authoritarianism in Latin America, David Collier editor, Princeton University Press, 1979.

dose una oferta y un intercambio de las mercancías más disímiles.

En el artículo ya citado, Hirschman señala la siguiente sucesión de ideas matrices en la ya referida escalada ideológica: industrialización, planificación, integración económica, redistribución y superación de la dependencia. Hoy en día, habría que añadir muchas otras: necesidades básicas, participación, democracia participativa, la exigencia de otro desarrollo, desarrollo autosuficiente, descentralización, equilibrio ecológico, estilos de desarrollo alternativos, superación de la dominación patriarcal, socialización democrática de la economía, diversas formas de renovación espiritual que no son ajenas a esta discusión, etc.

Este desordenado catálogo, que no aspira de ninguna manera a ser completo, plantea de inmediato la pregunta acerca de cómo orientarse dentro de esta abigarrada confusión: ¿qué ideas identificar como válidas, y cuál es el criterio que permitiría efectuar esa selección?

El examen de esta pregunta posibilita replantear la cuestión de los objetivos generales de los procesos de planificación de una manera distinta a como usualmente se lo ha hecho.

II. LAS IDEAS Y LA RAZON PRACTICA COLECTIVA

En una de sus notas, Gramsci afirmaba que lo característico del realismo político no consistía en prescindir de la idea de un deber ser social, sino en saber discernir entre el deber ser vacuo o ilusorio y el que afinca en la realidad social efectiva.

Si Gramsci afirmaba ésto con toda comodidad, es porque creía estar en posesión de un instrumento teórico suficientemente capaz para llevar a cabo esa discriminación a través de operaciones intelectuales: concretamente, el materialismo histórico como "única historia y filosofía de la acción", en palabras del propio Gramsci.

Es decir, nuestro autor pensaba que las dificultades que enfrenta el esfuerzo por conocer los fines orientadores de las decisiones colectivas -esto es, las dificultades para la constitución de lo que puede llamarse de razón práctica colectiva-, eran susceptibles de encararse primariamente y de manera exitosa apelando a operaciones intelectuales teóricamente fundadas.

Contemporáneamente, y después de toda la experiencia acumulada durante estos años, parece por lo menos osado proclamar que se está en posesión de certezas semejantes. De modo aún más radical, hay que decir que la misma noción de que existan herramientas intelectuales capaces de proporcionar afirmaciones válidas sobre los contenidos del deber ser social aparece hoy como profundamente sospechosa.

Mirando las cosas retrospectivamente, podría decirse enfáticamente que es un error pretender asignar prioridades y jerarquizar fines en el dominio de las decisiones colectivas otorgando un lugar central y primordial a las operaciones intelectuales.

En definitiva, una razón práctica colectiva se constituye -si es que llega a constituirse, porque no hay nada que garantice que se constituya- a través de la operación de mecanismos sociopolíticos y en el seno de procesos sociopolíticos.

Lo cual no implica que las ideas no jueguen un papel en la constitución de esa razón práctica colectiva. En esos procesos sociopolíticos hay un lugar, pero sólo un lugar, para invención de ideas y la actividad de grupos de intelligentzia que se especializan en inventarlas.

Cuando se produce una estructuración y jerarquización socialmente efectivas de una oferta ideológica existente, ello no obedece primordialmente a la naturaleza intrínseca de las ideas que se ofrecen, como quisieran creerlo los profesionales de las ideas. Contrariamente, ello acontece porque ha operado una selección de fines -de contenidos para el deber ser social-, que es el resultado de procesos sociopolíticos probablemente complejos.

Ahora bien, esa selección es darwiniana. Las ideas económicas, políticas y sociales pasan pruebas, superan obstáculos o no logran vencerlos, tienen éxito o fracasan, y en esa carrera en pos de devenir socialmente efectivas, el mérito intrínseco que cabe atribuírles, según algún criterio de validez

o de verdad, es sólo un factor más que contribuye con otros a consolidar el resultado de ese proceso sociopolítico de selección.

Estas proposiciones, presentadas de manera rudimentaria y apodíctica, son de una inmensa banalidad. No obstante, vale la pena destacarlas porque frecuentemente se tiene la impresión de que los inventores de ideas se toman al pie de la letra lo que decía Keynes al final de la Teoría General: tarde o temprano, son las ideas las que son peligrosas, para bien o para mal.

Ciertamente, las ideas son peligrosas. Pero tanto o más peligrosos son los mecanismos y procesos sociopolíticos que las seleccionan y las convierten en contenidos, autoritativamente sancionados, del deber ser social.

Desde este punto de vista, el tema de la naturaleza de los mecanimos y procesos sociopolíticos de selección de fines, que se encuentren en operación, y el del tipo de efectos que se les pueden imputar, parece ser prioritario respecto de la discusión sustantiva, académica o de gabinete, sobre la validez comparativa de distintas ofertas ideológicas.

Puesto de otro modo, los objetivos específicos que orienten los procesos de planificación en un momento determinado van a depender de las ideas que estén disponibles. Pero el hecho de que se seleccionen ciertas ideas y no otras, o que sea poco probable que las ideas seleccionadas gocen de estabilidad y sean rápidamente sustituídas, tienen menos que ver con las ideas mismas y más con factores como institucio-

nes, hábitos y prácticas sociopolíticos, cultura política y otros similares.

Obviamente, si se quiere ser realmente responsable en este terreno, hay que evitar la tentación de presentar unas pocas ideas esquemáticas, concebidas para una presentación oral breve, como si fueran conocimientos efectivamente adquiridos.

El tema esbozado sólo proporciona el punto de partida para lo que debería ser un programa de investigaciones. Por ello, en lo que sigue, simplemente se ilustra la clase de cuestiones de las que tendría que ocuparse un programa de esa índole.

III. LA HIPOTESIS DE INFLACION IDEOLOGICA COMO ILUSTRACION

La hipótesis de Hirschman sobre la emergencia de un fenómeno de inflación ideológica durante las últimas décadas ejemplifica bien el tipo de problemas que incluye el tema de la naturaleza y efectos de los mecanismos y procesos sociopolíticos de selección.

En síntesis, las ideas básicas del argumento de Hirschman son las siguientes:

a) Generalmente, se supone que hay una proporcionalidad estricta entre los problemas que una sociedad experimenta y los problemas que las intelligentzias y élites políticas le proponen a esa sociedad.

En algunos países latinoamericanos ha sucedido lo contrario: la formulación política-intelectual de problemas y de propuestas para su solución ha aumentado autónomamente, con independencia tanto de lo que efectivamente sucede en la sociedad y en la economía, como de las capacidades para enfrentar prácticamente los problemas.

b) La sociedad se ha visto expuesta entonces a un proceso perverso de solución de problemas.

En efecto, por lo general cuando se ataca estérilmente un problema, la frustración producida lleva a retroceder y a enfrentar problemas de más fácil solución.

En cambio, en los países en cuestión los fracasos han conducido a sustituir los problemas por otros aún más complejos, asegurándose así un nuevo fracaso y una amplificación acelerada de los sentimientos de frustración colectiva.

c) Como regla general, hay una secuencia lenta que va desde la invención -la producción de ideas políticas, económicas y sociales- a la innovación: el intento de ponerlas en práctica. En otras palabras, usualmente hay una larga cadena de complejas mediaciones entre invención e innovación.

En el caso de los países latinoamericanos indicados, el inventor tiende a fusionarse con el innovador, y las ideas devienen en decisiones de autoridad con gran rapidez. Como consecuencia, la escalada ideológica es a la vez una escalada político-práctica.

Si se acepta la hipótesis de Hirschman como plausible para el caso chileno, el punto de vista adoptado lleva a plantear dos preguntas:

1) ¿qué peculiaridad de los mecanismos y procesos sociopolíticos de selección han hecho posible la inflación ideológica?

2) ¿Qué modificaciones tendrían que experimentar esos mecanismos y procesos para evitar la inflación ideológica?

Ciertamente, la premisa central de la que habría que partir es la de que, en nuestro caso, hay una permeabilidad alta de la innovación o esfuerzo de innovación -es decir, de

la política- a la invención: la creación de ideas económicas, sociales y políticas.

Una primera hipótesis para explicar esa alta permeabilidad puede ser la de postular una ausencia de mediaciones entre el poder y las ideas. Por ejemplo, como lo sugiere Hirschman, porque socialmente el rol de intelectual se fusiona con el de político.

Otra hipótesis, que parece más plausible, es la de que la alta permeabilidad se explica por el tipo particular de mediación que se ha establecido entre invención y esfuerzo por innovar.

En efecto, puesto de manera muy esquemática, podría decirse que en un período que aproximadamente se extiende entre 1958 y 1973, se consolidaron ciertos procesos, cuyos rasgos se han acentuado fuertemente durante el interregno autoritario posterior a 1973. Estos procesos serían los siguientes:

1) Una <u>profesionalización</u> acelerada de la política, que trajo a su vez los siguientes efectos:

1.1) El predominio de una orientación hacia el control y gestión del estado y los aparatos estatales.

1.2) Una definición de la relación entre política y sociedad civil, en términos de manipulación y movilización de la última en pos de metas preconstituídas e imputadas a la sociedad o a ciertos grupos sociales significativos.

1.3) La relegación a un lugar secundario de las relaciones de representatividad entre acción política y sociedad civil.

Es decir, la política se constituyó mucho más como correa de transmisión desde el estado, los aparatos de estado y los partidos hacia la sociedad, que como interacciones relativamente simétricas entre los primeros y la sociedad.

2) Una sustitución, en el seno de las élites políticas, de una cultura política deliberativa por una cultura política decisionista, un proceso que presenta dos aspectos relevantes:

2.1) Una acentuadísima preeminencia y valorización de la institución presidencial, que tiene como contrapartida la desvalorización del parlamento.

2.2) La diferenciación, al interior de las élites políticas, de un segmento moderno decisionista, orientado hacia el estado y relativamente inmune a la competencia electoral, y de otro tradicional y deliberativo, orientado al parlamento y sujeto a la contienda electoral.

3) La acelerada adquisición de actitudes tecnoburocratizantes por los grupos de intelligentzia, expresadas en lo que podría llamarse de "aspiración a la incidencia".

4) La formación de relaciones permanentes entre los sectores modernos decisionistas de las élites políticas y las in-

telligentzias tecnoburocratizantes, sin ninguna o escasa mediación de los segmentos tradicionales deliberativos de esas mismas élites.

Si se considera que estos procesos se despliegan en un contexto de efectiva alternancia en el poder -es decir, de alternancia en el gobierno y control de los aparatos estatales- y de una competencia interpartidista igualmente efectiva, entonces se tienen elementos suficientes para explicar el fenómeno de inflación ideológica.

La inflación ideológica no se explica porque los grupos de intelligentzia produzcan demasiadas ideas. De hecho, si ese fuera su origen habría que observarlo con mucho mayor intensidad en los países centrales, donde la producción de ideas es probablemente mucho más voluminosa y variada que en un país como Chile.

La explicación reside en la peculiaridad de la mediación que se establece entre invención e innovación, y en el tipo de selección de invenciones que a partir de ella opera.

Esa mediación se descompone en dos relaciones: una entre intelligentzia y segmentos modernos decisionistas de las élites políticas, y otra entre estos segmentos y la gestión gubernamental y estatal. El elemento clave reside en que si bien estos segmentos compiten entre sí por las oportunidades de control gubernamental y estatal, lo hacen con relativa inmunidad respecto de la competencia electoral por oportunidades políticas. Ello implica que la sociedad, en su dimensión de masas, no ejerce ningún efecto importante en la selección

aquellas ideas que van a adquirir eficacia política.

Como bien señala José Nun*/, en la vida política se articulan dos niveles de lenguaje: la ideología, como modo racional de discurso, y tipos de razonamiento de sentido común, que definen de maneras bastante concretas y particularizadas aquello que los actores corrientes desean y buscan. Lo que la competencia electoral fuerza a hacer, es a construir la ideología como un metalenguaje capaz de conectarse con un número y variedad suficientes de tipos de razonamiento de sentido común. En este sentido, es un mecanismo de control social sobre las ideas que el discurso político racional selecciona: las ideas dejan de valer por el mérito intrínseco que les atribuya el acuerdo intersubjetivo entre especialistas o cultores de una disciplina esotérica relativamente a la vida cotidiana, y comienzan a valer por su capacidad de conquistar votos, esto es, de conectarse positivamente con diversos tipos de razonamiento de sentido común. En otras palabras, el esfuerzo por innovar se asocia a un potencial costo político.

Parece aceptable que la producción de ideas esté disociada de costos políticos significativos. Hay aquí en juego un principio básico -la libertad de expresión y creación intelectual-, y no hay nada de reprochable en que las intelligentzias se dediquen con celo a competir entre ellas, esforzándose por exhibir originalidad y creatividad.

No obstante, el mismo juego, trasladado al interior de élites políticas relativamente inmunes a la competencia electoral, trae consecuencias perversas como la de inflación ideo-

---

*/ José Nun, Averiguación sobre algunos significados del peronismo, ponencia presentada al encuentro organizado por la Asociación para el Estudio de la Realidad Argentina, Buenos Aires, 1 al 5 de agosto, 1983.

lógica. En este caso, lo único que se requiere es una sintonización entre los inventores de las ideas y los innovadores políticos que las pondrán en práctica. Probablemente, ni siquiera se trata de una articulación entre un discurso racional con aspiraciones de cientificidad y un tipo de razonamiento de sentido común, porque con toda seguridad lo que el innovador político va a adoptar es simplemente una versión de ese discurso racional. Adicionalmente, si el innovador político paga costos, lo hace con posterioridad a la experiencia efectiva de innovación, y esta suerte de control a posteriori puede encerrar riesgos catastróficos, como lo prueba nuestra tragedia nacional.

Sin embargo, quizás la más notable perversidad inherente a la peculiar mediación recién esbozada entre invención e innovación, resida en sustraer el contenido de las decisiones políticas importantes al efecto estabilizador que implica el control social del discurso político racional a través de la competencia electoral. Es altamente probable que los tipos de razonamiento de sentido común, además de presentar una gran variedad, sean bastante estables, aún en situaciones de rápido cambio económico y descomposición y recomposición de relaciones sociales. En el artículo citado, Nun termina preguntándose por los posibles determinantes de la existencia de tipos específicos,y, recogiendo una cavilación de Wittgenstein sugiere que la costumbre y la educación tienen algo que ver con ello. Es decir, procesos culturales de duración importantemente más larga que los que tienen lugar en ese dinámico "mercado de ideas" que son las ciencias sociales contemporáneas.

A partir de una interpretación del fenómeno de inflación ideológica tal como la ofrecida, resulta claro que la respuesta adecuada no consiste en reprimir la creación de ideas, sea procurando que los grupos de intelligentzia internalicen normas que los hagan cautos o aún pusilánimes, o bien afectando derechamente sus oportunidades de creación y expresión.

Por lo demás, es probable que un empobrecimiento deliberado de los contenidos del clima cultural, al no modificar el tipo de mediación entre invención e innovación, no implique ninguna solución y sí agrave la situación.

En efecto, la cuestión principal no es la de que existan muchas ideas luchando por conseguir afirmarse -demasiadas ideas, como podría alguien pensar superficialmente al tener a la vista el diagnóstico de inflación ideológica-, sino la de cómo se seleccionan sociopolíticamente esas ideas. Un clima cultural rico en número y variedad de hecho eleva la capacidad colectiva de solución de problemas, al aumentar la probabilidad de que entre las que compiten entre sí haya buenas ideas. Si se estimula la invención, es más probable que surjan invenciones potencialmente eficaces. Inversamente, un clima cultural empobrecido sólo significa que la selección sociopolítica operará sobre un conjunto notablemente restringido de opciones, y ello acarrea riesgos evidentes según lo muestra palmariamente este período de ya once años de autoritarismo. El predominio monopólico de ideas neoliberales, logrado a través del control de las oportunidades de creación y difusión de invenciones, ha conducido a un empobrecimiento cuantitativo y cualitativo de las opciones sobre las que puede operar la selección sociopolítica. Ello está afectando ya,

negativamente, la calidad de las decisiones colectivas, y sin duda continuará produciendo efectos negativos en el futuro.

La respuesta adecuada tiene que apuntar a la modificación del tipo de mediación existente entre invención e innovación. Puesta de manera esquemática, esa modificación tendría que consistir en un reforzamiento importante del elemento deliberativo de la política -esto es, la elaboración colectiva, a la vez antagónica y cooperativa, del discurso que fundamenta y justifica una decisión-, y en el establecimiento de un vínculo fuerte y permanente entre los productos de los grupos de intelligentzia y la política sujeta al control de las masas a través de la competencia electoral.

En la situación actual, hay una relación directa entre las ideas y el poder. El intelectual, científico social o tecnócrata, se vincula sin mayor mediación con segmentos de las élites políticas que practican una política iluminista relativamente indiferente a la competencia electoral interpartidista. Lo que se requiere es una relación mucho más compleja, que obligue a las invenciones a integrarse en la oferta ideológica y a luchar por su articulación con diversos tipos de razonamiento de sentido común, como condición de su éxito.

La consolidación de un tipo de mediación con esas características no es algo que pueda resultar pura y simplemente de la voluntad de los actores, orientada por un juicio crítico o una toma de conciencia análogos al esbozado. Aún más, es posible que exista una tendencia, tanto al interior de las élites políticas como en los grupos de intelligentzia, a es-

forzarse por escapar a las exigencias que impone la competencia electoral interpartidista. De otra manera, es probable que por su propia constitución la política contenga estímulos favorables a las prácticas iluministas.

Para contrarrestar esos estímulos, se requerirían ciertas condiciones institucionales específicas, capaces de orientar la política hacia la consolidación de un vínculo entre invención e innovación tal como el señalado. Por ejemplo, la estabilización de un régimen político con componentes fuertemente parlamentarios podría ser una de esas condiciones, precisamente en cuanto otorgaría un gran peso al control electoral sobre el discurso político como discurso racional. En definitiva, las raíces de fenómenos como el de inflación ideológica hay que buscarlos en la naturaleza de las condiciones institucionales que prevalecen, y muchos menos en supuestas peculiaridades inherentes a la idiosincracia de las intelligentzias e intelectuales criollos.

IV. A MODO DE CONCLUSION

Como lo indica el título, estas notas son efectivamente consideraciones dubitativas estimuladas por la invitación a reflexionar sobre el tema de los objetivos de los procesos de planificación.

No pretenden revestirse de certeza alguna, y simplemente procuran reflejar un conjunto de dudas e incertidumbres que se supone que responden a elementos objetivos, presentes en la situación contemporánea.

Mirando las cosas desde un punto de vista más general, la clase de dudas que estimula un tema como el propuesto sugiere que, en el fondo de las dificultades que hoy se pueden relevar, sigue presente una cuestión central, que continúa siendo tan problemática como en el pasado: la de la relación entre planificación y política.

Sería erróneo afirmar que de parte de los planificadores no ha existido una sensibilidad al tema. Durante los últimos años, la noción de que los aspectos políticos de la planificación constituyen una de las cuestiones relevantes para el análisis y la investigación ha sido algo recurrente, que se ha reiterado una y otra vez, quizás de maneras aún majaderas.

Si la relación en cuestión conserva el mismo grado de problematicidad, sin que se observen logros importantes en la materia, no es por falta de conciencia sobre la relevancia

del tema, sino probablemente porque las estrategias que se han escogido para atacarlo son equivocadas. O, por lo menos, constituyen visiones parciales que ocultan las dimensiones reales del problema.

Por una parte, se ha tendido a conceptualizar la relación entre planificación y política como una cuestión principalmente político-administrativa. Con ello, se ha apuntado a un desafío, que si bien es efectivo, sólo es una parte del problema global: el de la institucionalización, dentro del conjunto de los aparatos de estado, de un sector de planificación estable y provisto de una identidad específica a partir de la definición de determinadas funciones que le serían propias.

Por otra parte, esa relación se ha hecho equivalente con la relación entre planificación y una modalidad muy específica de poder: la que se atribuye a las posiciones de poder en la estructura burocrático-estatal, a partir de los roles de autoridad que se ubican en la cúspide de esa estructura. El problema central de los planificadores, sea que se lo reconozca explícitamente o no, ha sido el de cómo acceder, cómo conservar y posiblemente cómo monopolizar el poder asociado a la autoridad presidencial. En este empeño,han sido llevados recurrentemente, sin demasiada conciencia de ello, a conceptualizar la política en términos del clásico paradigma del príncipe. La planificación ha sido en buena medida un consejero errante en busca de un príncipe con poder suficiente para convertir en realidad las ideas que la impregnan.

Es probable que al relacionarse de estas maneras con la política, la planificación siga cautiva del hecho histórico de que sus orígenes los tiene en formas políticas no democráticas. No obstante, e independientemente de cómo se pueda dar cuenta de los énfasis que en su relación con la política ella ha privilegiado, lo cierto es que estos énfasis la colocan en desventaja frente a la realidad de la política democrática contemporánea, cuya complejidad excede con creces a la que implican el punto de vista meramente político-administrativo o la visión unilateral del poder como poder presidencial altamente personalizado.

Sea porque existe la voluntad de concebir a la planificación en un contexto político democrático -y de allí la preocupación por una planificación para o en la democracia, y por el papel de la planificación en los procesos de transición a la democracia-, o bien porque ese contexto, más allá de las preferencias, es el más probable, esas desventajas cobran un relieve primordial.

La única manera de superarlas consiste en examinar la relación en términos de una visión más realista, y por lo tanto más compleja, de la política. Eso es todo lo que estas notas se esfuerzan por sugerir.